



# Baba Sali

*Nuestro santo maestro, Rabí Israel Abujatzira ztvk"l  
Su vida, su devoción, sus enseñanzas y milagros*

*Alfasi / Turgeman*

## *Índice* ———

|  |     |
|--|-----|
| PRÓLOGO DEL AUTOR                            | 07  |
| CARTA DEL ADMUR DE SHOMRÉ EMUNIM             | 08  |
| NOTA DEL EDITOR                              | 10  |
| INTRODUCCIÓN                                 | 11  |
| AMANECER                                     | 13  |
| LA VIDA DEL BABA SALI                        | 19  |
| EL RESH GALUTA: DIRIGENTE EN EL EXILIO       | 25  |
| LA SANTIDAD DE ISRAEL                        | 45  |
| EL HACEDOR DE MILAGROS DE NUESTRA GENERACIÓN | 63  |
| SU AMOR INCONDICIONAL                        | 105 |
| EL JUSTO DECRETÓ                             | 119 |
| RAB ISRAEL, EL GUARDIÁN DE LA NACIÓN         | 143 |
| CONVERSACIONES OCULTAS                       | 167 |
| CUIDADO CON LOS MANDAMIENTOS                 | 177 |
| EL LUGAR DE DESCANSO FINAL DE NUESTRO RAB    | 199 |
| GLOSARIO                                     | 206 |

## **NO TEMAS A NINGÚN HOMBRE** —————

El Baba Sali estaba inflexiblemente comprometido con la Torá. Esperaba que las demandas que hacía a su pueblo, por el bien de la Torá, se cumplieran sin discusión.

Tenía una buena relación con los líderes locales del gobierno de Marruecos. Ocasionalmente, sin embargo, había funcionarios que trataban de imponer su voluntad sobre el Rab y su comunidad, pero cuando sentían las repercusiones en su vida personal, ¡le rogaban que los perdonara!

Había un gobernador, en especial, que era astuto y cruel. Hacía funcionar su jurisdicción con asesinatos y extorsión, y quien vivía bajo sus reglas, vivía con miedo. Dondequiera que fuera este hombre malévolo, llevaba el terror.

Una vez, el Baba Sali estaba en una seudá, en la que este malvado estaba presente. El gobernador se mezcló entre los invitados y, finalmente, llegó a la mesa del Rab. Extendió su mano, para que el Rab la besara. A su pesar, el Rab no besó su mano y, para empeorar las cosas, lo reprendió por su vida pecaminosa.

Todos los presentes se congelaron de horror. Sin duda, el gobernador tomaría represalias por esta vergüenza. Pero, por el contrario, varios días después, se enfermó gravemente. Fueron convocados los mejores médicos, pero ninguno pudo hacer un diagnóstico de su repentina enfermedad.

Finalmente, los miembros de la casa de gobierno acudieron al Baba Sali, para pedirle perdón por los delitos cometidos por el gobernador, en el pasado. Estaba claro que él había caído enfermo porque había enfurecido al Rab.

El gobernador envió un mensaje, en el que decía que se arrepentía de su crueldad, y que iba a dejar de hostigar a la gente de su ciudad. Obtuvo el perdón del Rab y, pocos días más tarde, abandonó su lecho de enfermo.

Desde entonces, fue un admirador incondicional de Rab Israel.

## **A IMAGEN DE UN ÁNGEL** —————

Rab Abraham Sabag, que sirvió durante diez años como shamash del Rab en Tafilalet, relató una historia, sobre la rutina del Rab:

Cada mañana, cerca de las 4 a. m., el Baba Sali se sumergía en la mikve, antes

de Shajrit. La estación del año no era un impedimento. Ni siquiera el invierno — cuando el agua se congelaba, y había que hacer un agujero en el hielo— disuadía al Rab de su ritual.

«Yo caminaba delante de él, e iluminaba el camino con una lámpara a kerosene. Las aguas de la mikve provenían de un pozo profundo, debajo de la tierra, y había unos ochos pasos hacia su fuente. Con cautela, descendía yo primero, y contaba en voz alta, mientras el Rab se concentraba en los números de la Cabalá.

»Una vez, en medio del conteo de los pasos, me sentí confundido y trastabillé. Rápidamente, me dominé y reanudé el conteo, a partir del número en que recordé haberme tropezado. No le mencioné nada al Rab, y continué hacia abajo, contando los pasos. La voz del Rab resonó a través del oscuro amanecer: “Me parece que has cometido un error en los números”, dijo.

»Bajo ninguna circunstancia, el Rab abandonaba su práctica diaria de ir a la mikve. El camino era peligroso, también. Teníamos que caminar a través de un campo que, durante ciertas estaciones, estaba infestado de serpientes venenosas y otros reptiles. Como es comprensible, a veces, yo temía por mi vida, y se lo confesaba al Rab. Pero él siempre me tranquilizaba, y me decía que habían sido enviadas por Hashem. Con el tiempo, me acostumbré a ellas, y no me asustaron más.

»La efectiva inmersión en la mikve era un momento lleno de meditaciones sagradas de la Cabalá, y de unificación con la mitzvá. Posteriormente, regresábamos a la casa del Rab, y rezábamos Shajrit. El Rab tenía un minián en su casa, compuesto por sus amigos más cercanos. Rab Israel era bastante selectivo, acerca de aquellos con quienes rezaba. Por ejemplo, no permitía que nadie que estuviera afeitado, rezara en su quórum.

»Después de Shajrit, el Rab estudiaba durante varias horas, sin interrupciones. (Habitualmente, ayunaba, pero si por alguna razón no lo hacía, comía algo, antes de sentarse ante sus libros. Después, recibía a los primeros, de los cientos que iban a su casa a encontrarse con él. La gente llegaba desde temprano, por la mañana, y lo esperaba. Generalmente, él los invitaba a comer y beber algo, y no era inusual que invitara a grupos enteros, a reunirse con él, por la tarde, para una seudá.

»A menudo, el Rab me enviaba a comprar suministros para la casa. A veces, me pedía que comprara una fruta o un vegetal que no se podían encontrar en

ninguna parte del mercado, en esa estación. Cuando empecé a trabajar con el Rab, estuve tentado de decirle que no había modo de comprar ese artículo. Sin embargo, pronto me acostumbré a una cosa asombrosa: cualquier cosa que el Rab deseara, se podía obtener de algún modo, en algún lugar.

»Por lo general, antes de que yo encontrara el artículo en particular, ¡se me acercaba un vendedor, con la misma fruta o el mismo vegetal que quería el Rab, en su mano, y me decía que, quizá, yo podía necesitar algo de eso!

»El Baba Sali ayunaba, a veces, desde motzae Shabat, hasta la siguiente víspera de Shabat. Durante ese tiempo, no comía nada en absoluto, ni de día, ni de noche. Además, ayunaba en la víspera de Rosh Jodesh, antes de la luna nueva, lo que es conocido como Iom Kipur Katán y, habitualmente, los lunes y los miércoles. Para cada comida de Shabat y de Iom Tov estaba lleno de gente, muchos de ellos pobres, pero instruidos.

»Rab Israel dormía solamente dos o tres horas por noche. El resto de su tiempo lo ocupaba con las necesidades públicas, estudios y reuniones con las personas que venían por sus berajot y consejos. Todas las noches, se levantaba con el fin de rezar Tikún Jatzot, y luego continuaba con su estudio. Durante sus horas de estudio, se concentraba tan profundamente, que se desconectaba de lo que sucedía a su alrededor, aun en aquellas ocasiones en las que el ruido y la confusión parecían reinar.

»Con sus fondos personales, Rab Israel construyó un bet midrash para la ciudad de Tafilat. Además, reparó y reformó la mikve de la ciudad. Se hizo cargo de muchas cosas que podría haber delegado en otros. Durante los Yamim Noraim asumía, a menudo, la función de baal tefilá o de jazán, además de tocar el shofar. Aunque las seudot que servía en su casa eran elaboradas y deliciosas, la mayor parte del tiempo se abstenía de participar de ellas. No tocaba la comida en absoluto. Unos pocos vegetales completaban su comida. Para Rab Israel, los jaguim eran una experiencia comparable al mundo por venir.

»En Simjat Torá, abrazaba y besaba la Torá, y cantaba y bailaba, como un novio en el día de su boda. En el seder de Pesaj, se sentaba a la cabecera de la mesa, majestuoso y real, como un ángel santo, vestido de blanco. Y en Janucá, las luces de la menorá se encendían, y se bendecían con largas y sagradas meditaciones.

»Tishá Beav lo encontraba en el bet Hakneset leyendo las kinot. Cuando leía las lamentaciones sobre la destrucción del Bet Hamikdash, su voz temblaba de

pena, y lloraba de un modo inconsolable, desolador, como si el cuerpo de un ser querido yaciera frente a él. Los que estaban afuera, y escuchaban los sollozos del Rab, se apresuraban a entrar, para unirse a su congoja. Pronto, había unas veinte o treinta personas, sentadas en el suelo, de duelo por la pérdida del Bet Hamikdash.

El Baba Sali siempre era el primero que entraba a la sinagoga, así no había nadie que se levantara por respeto hacia él. Si algunos habían llegado antes que él, les pedía que no se levantaran. Sin embargo, se dio cuenta de que la gente no prestaba atención a su pedido, y entonces ideó un plan para burlarlos. Esperaba hasta que la congregación se pusiera de pie y, recién entonces, entraba.

»El Baba Sali hablaba, de manera constante, de su santo abuelo, Rabi Yaacov Abujatzira, a quien llamaba «Sidná, Rab Yaacov» (Mi Señor, Rab Yaacov). En las seudot en su honor, Rab Israel usaba la copa de oro de su abuelo, y el día de su hilulá, preparaba una gran seudá, e invitaba a importantes talmidé jajamim. Discutían muchos de los escritos de Torá del venerado y querido Rab Yaakov. Muchos de estos tratados eran muy profundos y estaban cargados de interpretaciones cabalísticas.

»En Marruecos, existía una tradición por la cual, aquellos que estaban de duelo se abstendían de comer en cualquier parte, salvo en su propia casa. Cuando perdí a mi padre e ingresé en un año de luto, le informé al Rab que, por mucho que me apenara, no podría reunirme con él en ninguna comida, durante ese año.

»«Ante todo —dijo él—, mi casa es tu casa. En segundo lugar, comer aquí es parte de tu trabajo, y en tercer lugar —y esta es la parte más importante—, cualquier cosa que comas aquí, la comes en honor de mi santo abuelo, Rab Yaakov; así que no tienes nada que temer.

»Todos los que entraban en la sala de Rab Israel, con un amargo y pesado corazón, partían con el alma llena de luz y esperanza. El Rab se sentaba durante horas y, con paciencia, escuchaba las tristes historias y problemas de todos los que acudían a él. Para algunos, había una solución; para cada uno, había un rayo de esperanza.

»Los estudiosos y los pobres recibían dinero de Rab Israel. Con regularidad, yo era enviado a llevar dinero a aquellos que se sentaban a estudiar todo el día, todos los días. Mucha gente daba kvitlaj para el Rab, es decir, dinero para las berajot, de acuerdo con la costumbre imperante. Esto, para todos, era «obtener», y no «dar». Sin embargo, el Baba Sali no aceptó dinero de nadie.

»Si lo hacía, ponía especial cuidado en guardarlo. Cada paquete de dinero tenía un lugar especial, y se ocupaba de evitar que se mezclaran. Un gran grupo de personas prominentes de Francia llegó, una vez, a Marruecos, especialmente para encontrarse con el Rab y ser bendecidos por él. Fui a decirle que el grupo había venido a verlo. ¡Para mi sorpresa, se negó a verlos!

»Volví a la sala de espera, y le informé al grupo que el Rab no estaba preparado para recibirlos. Naturalmente, insistieron, y me pidieron que regresara y repitiera su demanda ante el Rab. Lo hice y, nuevamente, el Rab se negó. Sin tener alternativas, les informé que el Rab no los vería, bajo ninguna circunstancia. Es innecesario decir que el grupo se ofendió, y decidieron visitar al gobernador del área, para ver si él podía convencer al Rab de que los recibiera. Después de todo, era la “autoridad”.

»En el despacho del gobernador, se presentaron como personas influyentes, de las altas esferas del gobierno francés. Explicaron que habían viajado, desde Francia, para ver al Rab, y que este se negaba a recibirlos. El grupo le suplicó al gobernador que intercediera en su favor. El gobernador, en respuesta a sus súplicas, solamente dijo: “Ciertamente, ¡no tengo la desvergüenza de decirle a este santo lo que debe hacer!”.

»Mientras tanto, cuando esa gente se retiró, regresé a las habitaciones del Rab y le conté dónde se había dirigido el grupo francés. “¿Sabes por qué no los veré? —preguntó el Rab—. Quieren que yo los bendiga y, para eso, me darán el dinero que trajeron especialmente, con ese propósito. ¡Pero yo no quiero su dinero. Sé de donde proviene, y está prohibido!”.

Finalmente, los judíos franceses regresaron, y pidieron que se les permitiera pasar a las salas del Rab. Nuevamente, presenté su pedido al Rab. Él me miró con una sonrisa. “¿Qué dices? ¿Debo verlos?”.

»No supe qué contestar. Pero le dije que era desalentador, para estas personas, ser rechazadas. Después de todo, habían viajado desde Francia, y ser rechazadas... El Rab sonrió y, finalmente, aceptó verlos.

»Cuando el grupo entró, pidió que la mesa estuviera preparada con comidas y bebidas. Después de comer, el Rab les dio una berajá. Uno de los hombres del grupo tomó una gran suma de dinero, de su bolsillo, y la puso sobre la mesa. Baba Sali vio eso, y dijo: “No puedo aceptar dinero contaminado de jilul Shabat”.

»El grupo estaba atónito. ¿Cómo sabía el Rab?

»Rápidamente, admitieron ser dueños de un restaurante que permanecía abierto en Shabat, y que este era el lugar de donde provenía la mayor parte de sus ganancias. El Rab explicó que, si prometían cerrar en Shabat, tomaría su dinero, y los bendeciría con ganancias y éxito. Prometieron prestar atención a las palabras del Rab, entonces, el Baba Sali tomó su dinero.

»Les devolvió una parte, y les explicó que ese dinero demostraría ser su bendición. Me dio el resto a mí, para que lo distribuyera entre los pobres.

»Cada día que pasé en la casa del Rab, fui testigo de asombrosos milagros. Por ejemplo, a veces, cuando había mucha gente, el Rab me pedía que les sirviera vino. Se dio cuenta de que yo estaba preocupado porque escaseaba el vino, y no habría suficiente para todos. Un día, me llamó a su lado, y me dijo, con tranquilidad: “¡Abraham, amigo mío, no temas que escasee el vino. Yo lo bendije!”.

»Y así fue. ¡No importaba cuánto sirviera de la botella, había suficiente para cientos de personas más! Al final de una gran seudá, había tanto vino como cuando había comenzado a verterlo. Una vez, bebí más de lo que debía, y me caí, casi sin sentido. El Rab me llamó a su habitación, y puso sus manos sobre mi frente. De inmediato, mi estupor se desvaneció, y volví a tener la cabeza despejada.

»Mientras era el shamash del Rab, también tenía mi propia tienda, pero tenía muy poco tiempo para trabajar, ya que la mayor parte de mi día la pasaba en la casa del Rab. Un día, le pregunté si me podía ir y atender mi tienda. Me llamó a su lado, y me dijo: “¡Si estás preocupado por tu sustento, no. Puedes trabajar en tu tienda todos los días, durante solo media hora, y ganarás tanto dinero como si hubieras estado allí todo el día!”.

»Y fue exactamente como funcionó. En esa media hora, gané tanto dinero como antes de llegar al Rab, cuando trabajaba en la tienda todo el día. ¿Cómo era posible? No lo sé. Hay muchas, muchas cosas que vi en la casa del Rab y que, hasta este mismo día, no logro entender...».

## **EL BABA SALI SE MUDA A ERETZ ISRAEL** —————

Ola tras ola de judíos de África del Norte se trasladaron a Eretz Israel, hasta que el éxodo se redujo al mínimo. Cuando la mayoría de los judíos marroquíes se habían establecido en Tierra Santa, el Baba Sali, finalmente, decidió cumplir con